

Algunos datos sobre la vida de Belmonte y Müller

Trabajo leído por Don Vicente Orti
Belmonte en sesión extraordinaria de nues-
tra Academia, el 16 de Octubre de 1943.

AUTORIDADES, SEÑORAS Y SEÑORES, SEÑORES ACADÉMICOS:

El reglamento de esta secular Academia, de esta docta casa cordobesa, determina que un académico numerario por turno, inaugure el comienzo del curso y esta vez nos ha tocado a nosotros eligiendo el tema «Algunos datos sobre la vida de Belmonte y Müller».

En estos trágicos momentos en que el mundo se estremece entre gritos de dolor y oleadas de sangre y lágrimas, venir a disertar sobre la poesía y vida de un poeta romántico, del último de los románticos españoles, parecerá algo pueril y fuera de tono; pero la vida tiene estos contrastes y sigue su camino en sus diversas actividades. Al lado de la tragedia con proporciones sísmicas, surge también la nota tenue y delicada, esa nota imponderable de que se nutre el arte y sin el cual la existencia carece de su más bello atractivo, porque ¿hay algo más sutil, que la perfección de línea de un mármol de Praxiteles, que los colores de un lienzo de Velázquez, que las notas de un nocturno de Chopín o que el rumor que en el aire forman los invisibles átomos inflamados que percibe la sensibilidad poética de un Becquer y que le hace exclamar en su rima eterna:

Mis párpados se cierran
¿Qué sucede? — ¡Es el amor que pasal

Esta noche vamos a evocar la figura de un poeta que canta al amor en versos admirables y que está olvidado, Belmonte y Müller.

De todos vosotros era conocido, todos habeis siempre ponderado la belleza de sus versos, su dicción clara, correcta, impecable y elegante como su persona, que confirma la frase de Buffón: «El estilo es el hombre»; todos vosotros deseábais que la Academia le dedicara un recuerdo. Su figura aparece dibujada con vigorosos rasgos psicológicos, quizás cronológicamente retrasados en relación con su tiempo, pues estamos ante un espíritu romántico por su vida y por sus obras, que vivió para el amor y para la poesía y que supo cantar

en cientos y cientos de estrofas geniales, sus pasiones y su vida interior, reflejándolas con la fidelidad de un espejo. Dado el número de correspondencia que conservamos, sus memorias y sus obras, pudiera hacerse con tan completos materiales, un interesantísimo trabajo psicológico de su personalidad a la manera de los de Marañón, creador maravilloso en España de esta clase de estudios.

SU NACIMIENTO

Yo soy de la hermosa tierra / que más se parece al cielo, / de Córdoba en cuyo suelo, / un paraíso se encierra, / la ciudad que vió en su sierra / blancas ermitas lucir, / la que hizo a Dios bendecir / el mejor templo del moro, / la del Arcángel de Oro / que copia el Guadalquivir.

En estas guajiras que han sido moduladas por tantas gargantas de España y de América, nos ha dicho el poeta donde nació. En nuestra Córdoba amada. En el archivo de la derruida iglesia de San Nicolás de la Ajerquía, que estuvo en la Ribera, se conserva su partida de nacimiento. Nació el 16 de Octubre de 1851, y por una de esas raras coincidencias, hoy que le dedicamos este homenaje, es el Aniversario de su nacimiento acaecido hace 92 años.

La vieja casa cordobesa del núm. 12 de la calle de la Candelaria, con sus nidos de golondrinas en las galerías de columnas y arcos de su patio, fué el lugar donde vino a este valle de risas y de lágrimas, de goces y dolores. Su primer amor, según nos decía, lo tuvo en la casa frontera y contigua al Arco del Portillo, entonces barrio distinguido y el último en la Plaza de San Juan. Como veis, cordobés de pura cepa. Nosotros afirmamos, sin temor a que el afecto nos ciegue, que después de Juan de Mena, el poeta que perfecciona el naciente idioma castellano, que después de Góngora que lo enriquece con su culteranismo, del Duque de Rivas que aporta el sentimiento romántico y el sabor de viejo romancero, Belmonte y Müller es la figura preeminente de las letras cordobesas.

Su vida está autobiografiada en su libro «Entre la Nochebuena y el Carnaval», donde cuenta sus amores, sus andanzas de poeta, sus ambiciones y desengaños. Escrito al final de su edad madura, tiene el dejo de melancolía de toda obra en que se evoca el pasado y algo así como el perfume de la flor marchita olvidada entre las páginas de un libro.

SU AMBIENTE FAMILIAR

Allí por los años fernandinos de 1827, vino a Sevilla a establecerse en negocios de comercio y banca, Don Carlos Müller, natural de Londres y nacionalizado en Francia, donde había pertenecido con una alta graduación al ejército de Napoleón Bonaparte, y del que se



El poeta Belmonte y Müller en su juventud. (Dibujo al carbón por Don Rafael García Guijo, tomado de fotografía original).

había separado el año 14, cuando su caída, saliendo de Francia apesar de que Luis XVIII le requirió para que continuara en el cuerpo y le nombra Caballero de la Flor de Lis y Jefe de la Guardia Nacional del Sena Inferior. Viene a Sevilla casado con Doña María Stone y trayendo dos hijas, Elisa, nacida en Ruen (Francia) y Ana, en París donde años después se casa con el Vizconde de Brenier de Montmorran. Elisa, casa en Sevilla en 1843 con D. Manuel Segundo Belmonte

y Camacho, de la familia de los Belmontes cordobeses que allí había pasado unos años estudiando la carrera de Derecho. A poco el nuevo matrimonio se traslada a Córdoba, estableciendo su hogar en la casa de la calle de la Candelaria a que nos referimos anteriormente.

Aquella casa se abre entonces a la sociedad cordobesa. Todavía duraba en Francia la moda de los salones que hicieron célebres, los de Madame Recamier, Stäel y Chateau briand, y sabido es que las costumbres francesas han acabado siempre por imitarse en nuestro país. Doña Elisa Müller de Belmonte, la francesa, como la llamaban en Córdoba, se había educado en Sevilla entre la alta sociedad, había frecuentado los salones del Duque del Arco Hermoso, segundo esposo de la novelista Fernan Caballero, había tenido el honor de ser recibida en San Telmo por los Montpensier, y no quería prescindir en Córdoba de una vida de sociedad.

A las tertulias y veladas de la casa de la calle de la Candelaria, concurría cuanto en Córdoba representaba algo en las artes y en las letras, Don Francisco de Borja Pavón, los hermanos Valdelomar, los García Lovera, Romero Barros, Grilo que allí empezó a darse a conocer, y allí se hacía teatro, llegando hasta darse 29 representaciones en el año de 1867, según notas en mi poder, con indicación de obras y repartos.

Doña Elisa Müller de Belmonte, era una consumada pianista que alcanzó el alto honor, cuando la visita de Litz a Córdoba, de acompañarle al piano, y en su casa se cantaba ópera, entonces tan de moda y Rossini, Bellini y Donizzetti, eran interpretados por el matrimonio Belmonte, hasta el punto, que el Liceo Artístico y Literario del cual procede el Círculo de la Amistad, les nombró Socios de Mérito.

¡Cuántas monteras de papel hicimos en nuestra ya lejana infancia, con aquellas partituras de ópera ya arrumbadas en el cuarto de los muebles viejos!

Conserva todavía mi memoria como las veladas tintas de un daguerretipo su imagen de anciana octogenaria, que una tarde se encerró en la sala estrado de calados entredoses de caoba y tapicería de rojo damasco, a tocar el piano, mientras yo sentado en la alfombra jugaba con unos bibelot que me había alcanzado. Nunca perdió esa pasión por la música, y ya anciana, no quería que la viesen al piano, y sigo en estas notas el artículo necrológico que Don Francisco de Borja Pavón dedicó el 2 de Marzo de 1893 en el «Diario de Córdoba», a Don Manuel Segundo Belmonte, que ocupó en este Ayuntamiento repetidas veces los cargos de Regidor, Síndico, teniente de Alcalde y

Alcalde interino, y a partir del año 72 y casi hasta su muerte, el de Juez Municipal.

En aquella casa de la calle Candelaria se recibía siempre correspondencia del extranjero, periódicos franceses e ingleses, y sobre todo largas cartas de la hermana Ana, la Vizcondesa de Brenier, que desde varios sitios de Europa y de Asia contaba interesantes pormenores de aquellos lejanos países, a los que su marido llevaba la representación consular de Francia y muchas de las cuales han llegado a mi poder. En este ambiente de arte y de cultura que le ofrecía su hogar, raro en aquellos tiempos en poblaciones pequeñas como Córdoba y de vida casi exclusivamente agrícola, creció y se formó el poeta Guillermo Belmonte y Müller, único que sobrevivió a varios varones que tuvo el matrimonio. Su madre le enseñaba francés e inglés y música, cursó el bachillerato en el recién creado Instituto, y pintura con Romero Barros, y desde entonces viene esa entrañable amistad que tuvo siempre con la familia Romero de Torres, a quien Córdoba debe una gratitud eterna por los tenaces trabajos de Enrique para la creación del Museo, uno de los mejores de provincias, amistad y admiración que siempre hizo patente en sus magistrales sonetos a Romero Barros, a D.^a Rosario, a Rafael y a Julio.

SU VIDA DE POETA

Guillermito, como le llamaban familiarmente, terminó el bachillerato y le inclinaron por la carrera de Derecho, y entonces sus padres pensaron trasladarse a Madrid para acompañarlo durante sus estudios; pero la situación política era amenazadora y era preciso esperar. Surgió la revolución del 68 y él nos contaba los terrores de Córdoba la noche anterior a la batalla de Alcolea. Si vencía Novales la población, sería saqueada sin piedad. Su padre había partido para Alcolea acompañando al Duque de Hornachuelos que a su vez iba con el Estado Mayor del Duque de la Torre. Triunfó la democracia y el Guadalquivir arrastró en su corriente, con la sangre de aquella lucha fratricida, el cadáver de la reacción, como dice en su libro «Entre la Nochebuena y el Carnaval».

Pasados estos acontecimientos políticos, la familia se trasladó a Madrid y en el mismo día de su partida apareció en el Diario unas sentidas estrofas tituladas «Adios a Córdoba». Sus padres que ignoraban que Guillermito hiciese versos, quedaron sorprendidos. El poeta comenzaba a pulsar la lira que ya no dejó hasta el mismo momento de su muerte. Ingresó en la Universidad, pero como sus

gustos e inclinaciones le alejaban de la ciencia del Derecho, abandonaba estas cátedras por las de Castelar, Salmerón y otros maestros de doctrinas más literarias.

En aquel entonces Federico de Madrazo continuaba en Madrid la serie de sus magníficos retratos comenzada en plena época romántica, todavía la juventud respondía a los últimos ecos del romanticismo, aunque el pistoletazo de Larra sonara ya lejano y Zorrilla lo refrescase con sus estrofas:

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana,
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

.

Y los jóvenes todavía se enamoraban de la mano de nieve que había pulsado aquella arpa del salón en el ángulo oscuro, silenciosa y cubierta de polvo y de la mujer de piedra que ese mismo Becquer dibujaba a la indecisa luz de los pintados vidrios de una nave gótica. Era la época en que se representaba el Trovador, de García Gutiérrez y la juventud leía con avidez, El poema de los besos, de Aroles, y las leyendas de Zorrilla, y los arqueólogos comenzaban a estudiar nuestras catedrales románicas y góticas, al par que Villamil era admirado en sus paisajes de claros de luna y triunfaban Fortuny y Rosales.

De ese primer período de su vida es el carbón aquí expuesto, debido a la mano de nuestro compañero D. Rafael García Guijo, este artista cordobés, inimitable en el retrato, a quien también le gusta vivir ignorado y que ha tenido la amabilidad de copiar de una antigua fotografía. Esos rasgos vigorosos reflejan la fortaleza de espíritu, esa cabeza soñadora denota al artista cuyo cerebro exalta un mundo de ensueños y visiones.

Por aquellos años, fué fusilado en Cuba el poeta Zenea, el más grande cantor de aquella isla y la juventud literaria de Madrid (que se interesó por su indulto) le dedicó versos y artículos. Belmonte y Müller escribió una poesía que le valió ser detenido algunas horas. Es una de las menos conocidas. He aquí algunos fragmentos.

Es una composición del estilo altisonante de aquella época y fué muy celebrada en aquel entonces.

A LA MUERTE DE ZENEA

(FRAGMENTO)

¡Maldición!.. ¡Maldición!... sobre esa tierra
que flota en mitad del Oceano,
donde en horrible y despiadada guerra
luchando están hermano contra hermano;

Sobre esa tierra hermosa, inimitable,
para trono de Dios aquí escojida,
como bandido, abyecto y miserable
acaba un genio de exhalar su vida.

No ha muerto el hombre cuya audacia tanta
estremece de horror el firmamento
y deja el suelo en que fijó su planta
salpicado de crímenes sin cuento.

Ha muerto el hombre de preclara historia
que ostentó cual diadema refulgente,
escrito el lema *libertad y gloria*
con espléndidos rayos en su frente.

El hombre que brillaba sin segundo
de laureles magníficos cubierto;
el sublime cantor del nuevo mundo,
el genio americano, es el que ha muerto!

Ya comenzaba a clarear el día
y él marchaba tranquilo, lentamente,
con esa majestad y sangre fría
del que espera morir y es inocente.

Aquel cielo, aquel campo, aquellas flores
donde voló su inspiración inquieta,
ostentaban más bellos sus colores
al ver pasar a su inmortal poeta.

Y va siguiendo sin rencor, ni saña,
y llega al borde del oscuro foso
de la desierta y lóbrega cabaña,
abismo de aquel crimen espantoso.

Murmuró una plegaria cariñosa
y dejó, en su memoria siempre fijos,
un acento de paz para su esposa
y un suspiro de amor para sus hijos.

El cielo negras nubes va enlutando;

todo parece lúgubre y desierto:

—¡Ha muerto!— van las brisas suspirando
y las olas del mar dicen —¡Ha muerto!

Sobre el rudo vaiven de las pasiones
y la bárbara fuerza incontrastable,
quedará sobre pueblos y naciones
la justicia velando inexorable.

Doquier la voz de libertad se escucha,
y antes que sentir duras cadenas
¡darán los pueblos en sangrienta lucha
hasta la última gota de sus venas!

Pasó el antiguo despotismo inmundo;
huyó la esclavitud de odioso nombre;
Dios se hizo mártir por salvar el mundo,
y al morir exclamó: —¡Libre es el hombre!

Como veis, ni Quintana ha dicho más, ni mejor. En Madrid, presencié los acontecimientos políticos de aquella época, el asesinato de Prim, la entrada del Rey Amadeo, la primera República y su disolución por el ejército de Pavía, la proclamación de Alfonso XII por Martínez Campos, y de esa época son sus Odas Alarico en Roma, A Isabel la Católica, A Rosales, que le valió en un Certamen un premio de seis onzas de oro, cantidad extraordinaria en aquella época, y la dedicada a Cervantes de la cual voy a leer unos fragmentos.

Fragmento:

A CERVANTES

POESÍA PREMIADA EN EL CERTAMEN LITERARIO DE EL BUSCAPIÉ

Desde mi infancia te admiré: anhelante
mi crédula y fogosa fantasía
volaba en pos del CABALLERO ANDANTE
que del fiel escudero en compañía,
llevado por su enjuto ROCINANTE,
sus fantásticos sueños perseguía.
En lo interior de la encantada VENTA
penetraba con él: le iba siguiendo
en combates y encuentros y aventuras
siempre el alma sedienta
de fatigas y gloria, y siempre viendo
disiparse el tropel de sus locuras,
cual polvo que se aventa.

Al verte enfermo y pobre /
lanzarte osado en el feroz combate
para que el alma su vigor recobre;
luchar fiero y altivo
con el hado cruel que no te abate;
dar tu sangre en Lepanto;
ser en Argel cautivo,
y olvidado en tu patria morir luego;
y al recorrer de tu inmortal MANCHEGO
las páginas risueñas, se divisa
con penoso quebranto
que tras aquella inimitable risa
está corriendo un manantial de llanto.

¿Quién no viajó encantado
por el bello país de las quimeras;
dió realidad a mágicas visiones,
luchó desesperado
con vanas sombras que ahuyentó ligeras;
forjó castillos sin ningún cimiento,
y convertirse vió sus ilusiones
en MOLINOS DE VIENTO?
A tí, que entre miserias has escrito
tu obra gigante, en el idioma hermoso
en que el hombre dichoso
habla mejor a Dios y al Infinito;
en el cual expresé con alegría
mi primer pensamiento,
recé, amé, suspiré, canté algún día
la ilusión que dá aliento
y el padecer que oprime;
a tí que eres, en fin, eterno encanto
del que te evoca, y creador sublime
del magnífico idioma en que te canto.



Terminada su carrera de Derecho, quiso marchar al Nuevo-Mundo. La prosa de Chateaubriand cantando aquellas selvas vírgenes, donde su madre le había enseñado el francés, le incitaba como una obsesión y aprovechando la coyuntura de que en Puerto Rico desempeñaba el cargo de Intendente de Hacienda de aquellas islas su tío D. Mariano Belmonte y de que el Ministro de Ultramar era su

amigo el trovador catalán Víctor Balaguer, consiguió una credencial de aquellas nominales que se daban entonces como se dan en todos los tiempos. En Santander se despidió con esta filigrana poética que vais a oír de labios de nuestra compañera Srta. María Teresa García Moreno, que ha sido tan amable que amenizará este acto con sus admirables recitados.

DESVARÍOS

La brisa del *Sardinero*
deja a través del sendero
donde el pinar más descuella,
un gemido lastimero:

¿será de ella?

En la playa rumorosa
viene a romperse espumosa
la onda más límpida y bella,
con una voz armoniosa:

¿será de ella?

Bajo un árbol arrogante,
deteniéndome un instante,
descubro la débil huella
de un pie breve y elegante:

¿será de ella?

Una rama en él se agita
y en mi frente deposita
clara gota que destella
como lágrima bendita:

¿será de ella?

Después, al salir temprano
del puerto hacia el océano
que me señala mi estrella,
escucho un adiós lejano:

¿será de ella?

Y desde el buque, mi anhelo
vé allí tender blanco velo
la bruma que se atropella,
cual si ondeara un pañuelo:

¿será de ella?

Y desembarcó en San Juan de Puerto Rico, en aquella isla que dicen que es uno de los lugares más amenos de la tierra. Puerto Rico, puerto hermoso / que ví al clarear el día, / como un edén que surgía / del seno del mar undoso, / nos dijo en sus guajiras, y en aquellas tierras pasó los años más hermosos de su vida porque su estro luminoso, se exaltó con aquellas suaves brisas que mueven las palmeras y los cocoteros y con la voluptuosa languidez de aquellas mujeres que amó tanto.

En su ya citado libro «Entre la Nochebuena y el Carnaval», nos describe con pluma maestra su vida en aquellas paradisiacas islas donde obtuvo tantos triunfos y gozó de una envidiable gloria literaria y a quienes dijo al partir para la Península: Tanto os quisiera decir, que mi corazón se abruma, / más aunque Dios me consuma, / diré con mi pobre aliento / que Él, que me dió el pensamiento, / no dá frases a mi pluma.

Vamos a leer primero la poesía en que describe aquel episodio tan tropical de aquella novia que le enviaba todas las mañanas su negrita con una carta y una rosa grana, que sigilosamente dejaba sobre la almohada de su lecho para que tuviese un delicioso despertar y después la Srta. García Moreno nos va a leer, la titulada «Tu rizo», delicada y sentida composición, que tiene sus antecedentes en esos otros amores que nos cuenta en el ya citado libro con aquella Margarita Gautier, víctima también de ese terrible mal de la juventud:

TU ROSA GRANA

De entre todas las flores
que coge del jardín tu mano bella,
y me entra con la carta que me envías
tu negrita gentil todos los días,
como un mensaje fiel de tus amores,
ninguna tan espléndida y lozana
como la rosa aquella
de olor de cielo y de matiz de grana.
Yo la llevé a mis labios muchas veces
con alegría loca,
como junto en las horas de embriagueces
mi boca con tu boca.
Por más que la besé con insistencia
no se colmó mi anhelo;
al aspirar la esencia

de sus hojas de suave terciopelo,
 me figuré en la dulce soñolencia
 con que tendido en voluptuosa calma
 me encontraba en el lecho,
 que el aliento aspiraba de tu pecho
 y bebía la esencia de tu alma.
 Hoy miro que esa flor sus hojas pliega
 y mustia se consume;
 mas conserva algún resto del perfume
 que al corazón enamorado llega.
 También nosotros alma mía,
 tenemos que morir un día
 como esa flor; pero será imposible
 que en nosotros sucumba
 este amor invencible,
 esta pasión que es hoy nuestra alegría
 y de la muerte escapará invisible.
 ¡Vivirál De tu tumba y de mi tumba
 sobre la losa yerta
 nuestro cariño quedará vagando,
 como aún está a mi pecho perfumando
 el suave aroma de tu rosa muerta.

TU RIZO

Con qué vivo placer y amargo duelo
 hoy siento renovarse tus hechizos
 al recibir cortado de tu pelo,
 el más negro y airoso de tus rizos.

Llega atado por tí con lazo verde
 y al cogerlo entre mudos embelesos,
 hago que tus caricias me recuerde
 cubriéndole de lágrimas y besos.

El evoca en mi mente conmovida
 la mata de tu fértil cabellera
 por tu espalda de nácares tendida
 cual follaje de obscura enredadera.

Y en él parece que tu voz me nombra,
 y oigo del aura los suspiros lentos
 cuando agita ese bosque a cuya sombra
 siempre van a dormir mis pensamientos.

¡Oh, pobre rizo que tu amor me entregal
Tan perfumado en épocas felices
hoy a mis manos sudoroso llega
por la fiebre marchitas las raíces.

Quizá jugando con sutil donaire
en tu alba frente que el pesar sombrea
sirvió de flor para lanzarse al aire
la mariposa de una blanca idea.
Acaso de algún sueño sin sentido
muerto al nacer en tu cabeza hermosa,
ese rizo deshecho y esparcido
fué el triste sauce que cubrió su fosa.

Por eso al recibirlo en este día
como recuerdo de quien amo tanto,
no sé hacer otra cosa, vida mía,
que cubrirlo de besos y de llanto.

Años después Belmonte y Müller volvió a España, a Madrid, donde frecuentó la casa de Campoamor, trató a Núñez de Arce, figurando en las Redacciones de varios periódicos sobre todo en la de la «Ilustración Española y Americana». En el año 93, recibió el telegrama fatal. Ese telegrama que todos los hijos cuando están lejos del hogar y sus padres son ancianos, tanto temen. Su padre había muerto. Su familia hacía bastantes años que residía ya en Córdoba, en la calle de Rey Heredia, de donde salió el poeta para ese valle virgiliano de las sombras del que no se vuelve jamás. Entonces decidió quedarse en esta población al lado de su anciana madre.

Durante los años del 93 hasta el 7 de Mayo del 29 en que murió, no dejó de hacer viajes a París, a Londres, a casi toda España, a Portugal, a Italia que recorrió varias veces, a Canarias y en todas partes recogía impresiones que llevaba después a inspirados versos. De las composiciones a las ciudades y monumentos de Italia, se puede hacer un voluminoso libro, de París y Avila otro, de Canarias lo publicó en 1901 siendo el canto al Teide, a ese pico emergido de la misteriosa Atlántida, la más hermosa de las poesías de ese tomo.

Vais a oír la poesía titulada «Las Ondinas», en que se describen esos seres del mundo de la fantasía que de noche surgen de los lagos, en estrofas de una belleza musical extraordinaria, teniendo toda la composición esa vaguedad, condición precisa de toda obra en verso, para sumir al oyente en una atmósfera espiritual de nieblas poéticas. Yo diría que esta poesía es una sinfonía poética de los lagos y la noche:

LAS ONDINAS

La noche vela. El cielo se retrata
en el cristal de límpida laguna
y se desliza con sus pies de plata
por la bóveda azul la blanca luna.

Parece una beldad pálida y triste
que sumida en deliquios soñadores,
de un fantástico velo se reviste
para echarse a dormir sobre las flores.

Diáfana nube en el sereno espacio
se mece al soplo del nocturno ambiente
y coloca en sus sienes de topacio
un cendal vaporoso y trasparente.

¡Oh diosa virginal! Tu faz destella
entre el encaje de la nube pura,
revelando que nunca fué tan bella
como a través de un velo la hermosura.

El bosque, en tanto, al resplandor dudoso
que la luna derrama entre el celaje,
se sumerge en un lánguido reposo
y el céfiro se duerme en el follaje.

Al compás de una muda sinfonía
se puebla nuestra mente de visiones,
y en la apacible claridad sombría
toman forma y color las ilusiones.

Murmura el lago con rumor sereno,
y se escucha una música ondulante
como el suspiro que agitando el seno
nos manda desde lejos una amante.

Son las ondinas que se van alzando
del lago azul en suave movimiento,
enlazadas las manos y cantando
al son del agua y al rumor del viento.

Sueltas atrás las cabelleras blondas
juegan y danzan ágiles y bellas,
y trazan al pasar sobre las ondas
sus nacarados pies, surcos de estrellas.

Ya flotan en las márgenes del lago
como cisnes envueltos en las brumas,

ya se columpian por el aire vago
como palomas de rizadas plumas.

Ya tejen en sus danzas cadenciosas
guirnaldas que deshojan desceñidas,
ya brillan como blancas mariposas
en las plantas acuáticas mecidas.

Y el agua al ver su dulce desvarío
y de sus cuerpos el gentil donaire,
salpicado de perlas y rocío
les teje un velo de vapor y aire.

Los silfos matinales con un beso
despiertan a las flores encantadas,
y las ondinas llenan de embeleso
las claras noches al dolor robadas.

Ellas ciñen de rosas al poeta
que recibe sus plácidos arrullos,
hasta que el sol sobre su frente inquieta
deshoja sus mas vívidos capullos.

¡Vaciadnos, pues, cuando la luna brilla,
la frágil copa del placer risueño,
y del viviente mar junto a la orilla
que algo inmortal nos embellezca el sueño!

.

Mas la aurora entre nubes purpurinas
vertiendo perlas por el cielo avanza
y el abismo sepulta las ondinas,
como traga la tumba la esperanza.

Las obras que dejó publicadas, a más de las ya dichas, son «*Acordes y Disonancias*», *Guajiras, cantares y pensamientos*, y póstumas tiene dos tomos de poesías, uno titulado «*Obeliscos y fosas*», y otro «*Espuma y cieno*», y dos más que pueden formarse de las que no dejó coleccionadas. De traducciones se imprimieron «*Las noches y Poemas*», de Musset y las prosas de «*Lais de Corinto*», de Dorby, Goya de Matharón y cuentos de Gautier, quedando por darse a la imprenta unos tomos de poetas franceses desde Andrés Chenier, parnasianos y simbolistas, pasando por Hugo y Lamartine. Las odas de Horacio y sonetos de Miguel Angel, comprenden otros dos tomos y del más grande poeta polaco Miekiewicz, otro, que juntos vertimos del francés y que él después puso en verso.

En los últimos días de su vida, cuando estaba con el pié en el estribo y con las ansias de la muerte, como decía el Príncipe de los

Ingenios Españoles, pidió papel y lápiz y como últimas gotas de un manantial que cesa de correr, siempre límpidas y transparentes, fueron cayendo de su numen los versos de tres sonetos que tienen toda la frescura y serenidad de sus mejores producciones. Oídlos. Poeta había nacido y poeta murió y solo diremos como comentario a la emoción que despiertan estos sonetos, que en ellos acaba el hombre y comienza Dios:

Llega Señor, el plazo de la Muerte:
sin pena dejo la gravosa carga
de mi triste existencia y sólo embarga
mi ser el ansia de llegar a verte.

Velé tu faz divina al ofenderte
bebiendo del placer la copa amarga
y de mi vida esteril, aunque larga
voy, a su último rayo, a conocerte.

Haz que el alma hacia tí, radiante y pura
suba al salir de su prisión oscura
y mire el sol con que el cautivo sueña,

Grandes fueron mis culpas y extravío
grande mi ultraje a la cristiana enseña,
pero es más grande tu piedad Dios mio.

Mayo 1929.

Tú que al beber de tu pasión las hieles
diste tu sangre redentora al mundo,
toma cuanto te ofrece un moribundo
esperando de ti que le consueles.

Ay! Recibe mis idolos infieles,
mis lentas horas de dolor profundo,
mis pasiones, mis goces de un segundo,
mi laúd y mis pálidos laureles.

No guardo ya de mi falaz tesoro
más que la fé, cual lámpara de oro,
y a su luz que en la Muerte se reanima,

¡Oh padre mio y salvador!, te pido
que de tu cuerpo sacrosanto herido
una gota de sangre me redima.

Mayo 1929.

Ya te siento venir: dame la mano;
pues tu presencia mi ánimo no abate,
ni temo que en mis ojos se retrate
el miedo en frente del terrible arcano,

Sería el resistirte esfuerzo vano;
mi débil corazón apenas late
y caigo de la vida en el combate
envuelto en mi bandera de cristiano;

Adios seres que unís los corazones
de mi lecho alrededor, cuando no llego
siquiera a distinguir vuestras facciones.

¡A Dios! y al cielo me encomiendo ahora;
a tí ¡oh Jesús! a quien el alma entrego
y a tí ¡oh Virgen! mi dulce intercesora.

Mayo 1929.

De toda la producción de Belmonte y Müller, su mejor obra «Espuma y cieno», no se ha publicado y el día que vea luz será un acontecimiento en las letras españolas aunque aparezca fuera ya de los gustos de su tiempo, puesto que Belmonte y Müller es un poeta anterior a la gran y genial innovación que en la lírica castellana han introducido los grandes poetas americanos. Sucederá lo que sucedió con Becquer, Balart y Gabriel y Galán, que después de su muerte fué cuando alcanzaron celebridad. «Espuma y cieno» es la obra pasional de su edad viril y algunas de sus producciones tienen la amargura de un Byron, la sensibilidad de un Becquer, la frase lapidaria de un Núñez de Arce, las imprecaciones de un Carduchi, la facilidad espontánea de un Zorrilla y todas están pulidas como un artístico marfil. Yo diría que Belmonte y Müller es el ático cordobés.

Se ha dicho que en los últimos años de su vida, vivió aislado y retraído. Veía triunfar a su alrededor nombres de un mérito ocasional. Su actitud fué el orgullo digno y consciente de su propio valer. Yo cumplo con un deber filial al presentar ante esta Academia la obra de un hombre a quien debo lo poco que soy, y sobre todo, el gusto por la poesía y el arte, sin el cual la vida carece de su goce más puro.

Damos las gracias en nombre de la Academia a la Srta. García Moreno y a D. Rafael García Guijo, por su cooperación a este acto de inauguración del curso, y ahora suplico un momento más. En la

región reservada a los inmortales, a esos artistas que han sabido sentir y han sabido expresar lo que sienten, en esos espacios etéreos, vagarán los manes del poeta acompañados de las Gracias y las Musas. En este instante, ¿no sentimos todos un hálito en esta sala? Vienen a agradecernos este recuerdo y ya que evocamos el mundo clásico, fuente eterna de poesía, os diré como se decía entonces: Que las Gracias y las Musas derramen sobre nuestros lares de artistas, señores académicos, la inspiración para nuestras creaciones y la felicidad de que gozan los dioses.

16 Octubre 1943.

